

SIMILITUDES Y DIFERENCIAS ENTRE LOS ESCRITOS DE R. KUSCH, E. RODÓ Y J. VASCONCELOS SOBRE LO HUMANO EN AMÉRICA LATINA, PARA UNA REFLEXIÓN DE LA LABOR QUE CABE HOY¹

Similarities and Differences Between the Writings of R. Kusch, E. Rodó and J. Vasconcelos about the Human in Latin America for a Reflection to the Work that is Needed Today

JOSÉ GABRIEL VILLALBA²

Universidad Católica de las Misiones

josegabrielvillalba@gmail.com

Recibido: 28/02/2025

Aceptado: 07/05/2025

Resumen

En el marco de las reflexiones sobre el pensamiento latinoamericano, el objetivo de este artículo es comparar las perspectivas de E. Rodó, J. Vasconcelos y R. Kusch respecto al modo en que cada uno interpreta la herencia de las diversas tradiciones que conviven en América, y el modo en que ésta debe ser integrada como la labor o tarea del pensador latinoamericano al momento de formular una antropología propiamente latinoamericana que abarque dicha herencia. Señalando las diferencias pero también las similitudes planteadas en las reflexiones de los autores, el artículo se propone recoger algunos de los conceptos centrales con los que los autores proponen pensar de cara a una perspectiva filosófica de Latinoamérica.

Palabras claves: Latinoamérica; Filosofía; Historia; Tradición; Antropología.

Abstract

Within the framework of reflections on Latin American thought, the aim of this article is to compare the perspectives of E. Rodó, J. Vasconcelos and R. Kusch regarding how each one interprets the legacy of the various traditions coexisting in America, and how this legacy should be integrated as the labor or task of the Latin American thinker when formulating a specifically Latin American anthropology that encompasses this legacy. By highlighting both the differences and the similarities in the authors' reflections, the article seeks to gather some of the central concepts the authors propose for thinking about a philosophical perspective of Latin America.

Keywords: Latin America; Philosophy; History; Tradition; Anthropology.

¹El siguiente artículo surge como trabajo final de la materia "Pensamiento Argentino y Latinoamericano" cursada durante el 2023, en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Católica de las Misiones (UCAMI).

²José Gabriel Villalba es Profesor de nivel secundario de Filosofía recibido del instituto Montoya y ejerce hace 4 años en distintas escuelas de la ciudad de Posadas, Misiones. Finalizó el cursado de carrera en el año 2024 y actualmente está rindiendo las últimas materias.

Similitudes y diferencias entre los escritos de R. Kusch, E. Rodó y J. Vasconcelos sobre lo humano en América Latina, para una reflexión de la labor que cabe hoy

Introducción

La historia latinoamericana engloba diferentes procesos históricos donde diversos grupos culturales se interrelacionan constantemente. Sin embargo, es a partir de la colonización cuando este fenómeno se da con mayor grado, puesto que el encuentro europeo con un continente totalmente desconocido y con civilizaciones distintas a la suya implica una transformación cultural para ambas partes. Al pasar los años y con las revoluciones de las colonias y la independencia de los estados americanos en todo el continente, esta relación se siguió viendo en la medida en que buscaban orientación para el ideal de nación que estaba naciendo. Siendo la Revolución Francesa (1789) y la Revolución de las Trece Colonias (1776), ambas burguesas por excelencia, las demás naciones americanas intentarán copiar dichos modelos. Aparece entonces la influencia todavía europea dentro del continente. Es necesario, sin embargo, recordar que la conquista española tuvo características distintas en América Latina que las que tuvieron la francesa y la inglesa en América del Norte. Esta influencia se muestra entre otras cosas en el mestizaje que se llevó a cabo en los distintos virreinos. Así, mientras la cultura del norte creció con una aparente homogeneidad por fundarse exclusivamente de la cultura europea y no integrar lo indígena, Latinoamérica forma una cultura de múltiples capas de mixtura donde conviven, en mayor o menor medida, tradiciones indígenas por los nativos, negras por los esclavos traídos de África, y europeas.

Por este motivo y a pesar de que las élites quieran trasladar las ideas revolucionarias europeas a América Latina, no se pueden integrar de la misma manera que se dieron en sus contextos. Es a este respecto que resulta necesario buscar un pensamiento americano que permita comprender qué es lo propio de dicha tierra, dónde estaría la esencia americana e incluso si tiene sentido hablar de una. Para referirnos a un pensamiento latinoamericano se necesita, por tanto, comprender esa mixtura de culturas y tradiciones. Un pensamiento latinoamericano no puede surgir si no se consideran todas las vertientes que influyeron y continúan influyendo en América. Así, resulta importante también pensar el lugar del hombre en relación con la cultura y el territorio, dado que el pensamiento se vuelve profundamente situado a una tradición espacio-temporal. No tendría sentido buscar una constitución esencial *in abstracto* sino, más bien, entender la diversidad de influencias y buscar un centro equilibrado que permita pensar no sólo la tradición sino también un hacer creador y transformador de la tierra.

En este escrito buscaremos en tres autores una lógica respecto a la interacción del hombre con la cultura y la naturaleza. Intentaremos profundizar algunas categorías que permitan pensar un estudio antropológico propiamente americano que mantenga unida las tradiciones anteriores y proyecte, a través de esta concepción, una mirada al trabajo del hombre para el futuro de América. Tomaremos las reflexiones del autor uruguayo, José Enrique Rodó (1871-1917) en su libro *Ariel* publicado en 1900; del autor mexicano José Vasconcelos (1882-1959) en su libro *La Raza Cósmica* de 1925; y, por último, tomaremos algunas ideas del autor argentino Rodolfo Kusch (1922-1979) planteadas en sus libros *América Profunda* de 1962 y *La Seducción de la Barbarie* de 1953.

La tarea de la juventud americana según Enrique Rodó

En *Ariel*, Enrique Rodó relata la historia de un maestro el cual da un discurso a sus alumnos. Toda la obra toma elementos de la obra *La tempestad* (1611) de William Shakespeare (1564-1616) y por esto

el maestro es representado por Próspero, el sabio mago de la obra del autor inglés. Sin embargo, en la obra de Rodó, los personajes de Ariel, el genio del aire, y Calibán, el nativo de la isla, representan ideales y sirven de ejemplos para el último discurso del maestro a sus alumnos. Señala el autor sobre Ariel:

Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia. (1956, p. 3)

Mientras que sobre Calibán dirá “Calibán, símbolo de sensualidad y de torpeza” (1956, p. 3). Ariel, por tanto, será la parte racional, intelectual e idealista, mientras que Calibán será la parte instintiva y baja del hombre. En el discurso de Próspero, dirigido a la juventud americana, se incita a los jóvenes a permanecer con esperanzas frente al mundo y a mantener el ánimo y la vivacidad de la juventud y señala que, precisamente los pueblos que permanecen con esta actitud son los que logran grandes cosas porque mantienen el cuidado de sus almas “De los pueblos que sienten y consideran la vida como vosotros, serán siempre la fecundidad, la fuerza, el dominio del porvenir” (1956, p. 6). En este sentido, Próspero señala que la juventud representa el ideal de acción y transformación y por esto se debe educar el espíritu para que no se vuelva estrecho y ligado a lo que está inmediatamente frente a sí (Rodó, 1956).

El ejemplo de civilización cuyo espíritu juvenil plasmó un legado en la historia es la civilización griega. Para el autor, Grecia representa la cumbre del espíritu humano ya que logra equilibrar las tensiones entre lo ideal y lo real, “Cada ateniense libre describe en derredor de sí, para contener su acción, un círculo perfecto, en el que ningún desordenado impulso quebrantará la graciosa proporción de la línea” (1956, p. 12). La juventud por tanto está llamada a hacer de América una gran región donde el espíritu se desarrolle por sobre los impulsos sensualistas y donde la humanidad desarrolle todas las facultades que les son propias. En este sentido se habla de un equilibrio entre todas las capacidades humanas. También se insta a la juventud a no esclavizar su espíritu a una sola capacidad ya que eso genera espíritus estrechos:

Yo os ruego que os defendáis, en la milicia de la vida, contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único e interesado. No entreguéis nunca a la utilidad o a la pasión sino una parte de vosotros. Aun dentro de la esclavitud material hay la posibilidad de salvar la libertad interior: la de la razón y el sentimiento. (1956 p. 13)

Es posible notar entonces que en el planteo de Rodó existe un profundo interés por la espiritualidad humana frente al pragmatismo y materialismo. Reconoce, sin embargo, la importancia que tienen estos en la vida humana pero advierte el peligro del compromiso total con las ideas de este tipo. Tal es la importancia que da a cada parte de lo humano que vincula el correcto equilibrio con la libertad del hombre. Para esto recurre a la historia de un rey cuyo palacio estaba abierto a visitantes de diversos tipos. El castillo en general era abierto a todo público, sin embargo, dentro existía una habitación que estaba oculta y donde solo el rey podía entrar. Dice el autor, “Sólo cuando penetréis dentro del inviolable seguro podréis llamaros, en realidad, hombres libres” (1956, p. 15). Se explica por tanto, que el hombre debe estar abierto a escuchar y recibir cualquier idea y, en ese sentido, generar una hospitalidad con lo diferente pero a su vez, debe tener un recinto privado donde solo este puede entrar y reflexionar para sí mismo. El cultivo del espíritu, es por tanto, necesario para no quedarse únicamente con lo exterior a sí mismo. Los espíritus estrechos, que tienden a considerar únicamente lo material y utilitario, ven en esto un sinsentido, por lo cual afirma el autor; “Así como el primer impulso de la profanación será dirigirse a lo más sagrado del santuario, la regresión vulgarizadora contra la que os prevengo comenzará por sacrificar lo más delicado del espíritu” (p. 16). Esto quiere decir que, los grandes imperios cuyos ideales son materialistas y utilitaristas, tienden a expandir ese ideal con lo

cual intentarán tildar estas pretensiones espirituales de sinsentidos y los harán ver mal respecto a su dominio de la técnica para el dominio de la naturaleza (Rodó, 1956). Entonces, frente a esto, los jóvenes deben mantenerse cautos para cuidar esto que es “lo más delicado del espíritu” según las palabras del autor. Con esto, se hace referencia, no solo a la parte racional del espíritu sino también a la belleza, es decir, a la contemplación de esta última. Dice el autor:

Aunque el amor y la admiración de la belleza no respondiesen a una noble espontaneidad del ser racional y no tuvieran, con ello, suficiente valor para ser cultivados por sí mismos, sería un motivo superior de moralidad el que autorizaría a proponer la cultura de los sentimientos estéticos como un alto interés de todos. Si a nadie es dado renunciar a la educación del sentimiento moral, este deber trae implícito el de disponer el alma para la clara visión de la belleza. Considerad al educado sentido de lo bello el colaborador más eficaz en la formación de un delicado instinto de justicia. (1956, p. 17)

Para Rodó, la contemplación de la belleza³ tiene un papel central ya que ella funciona como nexo entre ambas partes del espíritu, Ariel y Calibán. La juventud debe educarse también en sentimientos estéticos que permitan una superación de ambos extremos, porque no es el ideal racional pero tampoco lo puramente empírico. La contemplación de la belleza funciona como nexo entre ambas posturas ya que “A medida que la humanidad avance, se concebirá más claramente la ley moral como una estética de la conducta. Se huirá del mal y del error como de una disonancia” (p. 18). Así, en América se debe buscar esa armonía entre las partes de lo humano y, además, fomentar la actitud juvenil de acción e impulso creador. Esta reflexión es posible en América justamente por ser una región donde se dan los dos vertientes de pensamiento; por un lado, el imperialismo propio de los Estados del norte y su ideal materialista y progresista y, por otro, la influencia espiritual como legado español. Relacionado a esto, podemos ver en el planteo de Rodó una concepción de lo propio de la identidad latinoamericana y cuál debe ser su labor para el futuro de la sociedad. Señala el autor en el discurso VI;

Tenemos -los americanos latinos- una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro. El cosmopolitismo, que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye ni ese sentimiento de fidelidad a lo pasado ni la fuerza directriz plasmante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán el americano definitivo del futuro. (1956, p. 35)

Se ve entonces que la sociedad latinoamericana debe fomentar el comercio de ideas de todo tipo pero siempre conservando cierta “fidelidad” con la historia de los pueblos americanos y con valoración de las tradiciones. En este sentido, la filosofía latinoamericana tendrá que pensar al hombre latinoamericano como el conjunto de múltiples culturas que se deben complementar para lograr el correcto equilibrio entre las partes del espíritu humano. Este elemento de mixtura frente a la aparente homogeneidad de regiones como Europa o Estados Unidos será algo que también destacarán Vasconcelos y Kusch y la posibilidad de pensar la labor de América será generar esa suerte de síntesis o superación de diversos elementos para lograr una unidad nueva.

José Vasconcelos y la raza cósmica como tarea americana

Para buscar una concepción antropológica que piense la labor del hombre en Latinoamérica y la relación que este tiene con su pasado y futuro es necesario considerar algunas cuestiones. El texto de Vasconcelos parte de la idea de que existen cuatro grandes razas humanas, las cuales, al mezclarse y cruzarse, dan lugar a todas las civilizaciones humanas: “Los lemurianos o raza negra del Sur; la civilización Atlántida de los hombres rojos; en seguida la aparición de los amarillos, y por último, la

³El análisis que el autor hace de la belleza resulta interesante porque implica varias cuestiones que exceden al propósito de este escrito. Si se desea profundizar, existe una tesis de Laura Martínez-Geijo Román titulada “El papel esencial de la belleza en Ariel de José Enrique Rodó” (2018) donde la autora profundiza la perspectiva de dicho autor.

civilización de los blancos” (Vasconcelos, 1948, p. 13). El autor supone la teoría de la existencia de la Atlántida y en base a esto sostiene que por la cercanía de su posición con América algunos habitantes atlantes emigraron hacia América y allí dieron lugar luego a las civilizaciones americanas;

Queda, sin embargo, viva la leyenda de una civilización nacida de nuestros bosques o derramada hasta ellos después de un poderoso crecimiento, cuyas huellas están aún visibles en Chichén Itzá y en Palenque y en todos los sitios donde perdura el misterio atlante. (1948, p. 14)

Estos antiguos habitantes son, sin embargo, solo los iniciadores de las civilizaciones americanas ya que considera el autor, que “terminada su misión particular, entró en silencio y fue decayendo hasta quedar reducida a los menguados imperios azteca e inca, indignos totalmente de la antigua y superior cultura” (p. 15). Así, América aparece como heredera de la civilización desaparecida más importante de la antigüedad.⁴ Y esta idea le permite leer en la historia mundial⁵ el modo en que diversas culturas se van dando y cómo éstas se relacionan con la realidad que les toca. “Al decaer las atlantes, la civilización intensa se trasladó a otros sitios y cambio de estirpes; deslumbró en Egipto; se ensanchó en India y en Grecia injertando nuevas razas” (pp. 15-16). La cuestión, quizás, de principal interés es notar que, según el autor, estamos en los tiempos de la raza blanca y, por eso, se nota en el mundo entero la influencia de dicha postura, es decir, la idea de que Europa se erige como modelo de modernidad y desarrollo se dan gracias al dominio de la raza blanca. “Este último, [refiriéndose al hombre de raza blanca] después de organizarse en Europa, se ha convertido en invasor del mundo, y se ha creído llamado a predominar lo mismo que lo creyeron las razas anteriores” (p. 16). Es por esto que en Europa se crea la visión de superioridad y el ideal del ario, que desencadena las atrocidades del nazismo en la búsqueda de recuperar la raza pura. Esta idea sin embargo, dice Vasconcelos, va en contra de la naturaleza ya que la riqueza se da en la integración y no en la preferencia de lo mismo como si fueran uniones endogámicas. Sin embargo, también reconoce que el período que estamos atravesando es parte del progreso necesario ya que la característica principal de la raza blanca es el dominio de la naturaleza, el afán por querer dominarla con su técnica y, por tanto, expandir también estos conocimientos:

La base de la civilización blanca es el combustible. Sirvió primeramente de protección en los largos inviernos; después se advirtió que tenía una fuerza capaz de ser utilizada no solo en el abrigo sino también en el trabajo; entonces nació el motor y de esta suerte, del fogón y la estufa procede todo el maquinismo que está transformando al mundo. (1948, p. 33)

Este será el aporte central de la raza blanca para la aparición de la raza cósmica, el dominio de la naturaleza y la posibilidad de mezclar las razas al conquistar las diferentes regiones y mezclarlas. Sin embargo, a pesar de ser toda Europa de la misma raza blanca, no toda nación es la misma.⁶ Si bien fueron principalmente los ingleses y españoles los que se lanzaron a la conquista del nuevo continente, cada nación tiene sus intereses de fondo y su ideal respecto al hecho. Así, por un lado, los ingleses se preocuparon más por dominar la tierra y crear una nueva Inglaterra manteniendo la raza pura, es decir, sin mezclarla con los nativos. Mientras, por otro lado los españoles se preocuparon por el mestizaje y aportaron a la integración. Esto generó e impulsó el intercambio con las demás razas por el mestizaje que se dio principalmente en América. Entonces, este proceso fue necesario para que

⁴La importancia de Atlantis radica en los conocimientos filosóficos y técnicos que alcanzó dicha civilización siendo varios autores de la talla de Platón quienes han mencionado su grandeza Aquí, sin embargo, cabe señalar que no queda claro si el autor cree en la existencia de dicho continente perdido o simplemente lo utiliza como recurso literario. A este respecto, el trabajo de Víctor José Sobrino Gómez, “La función del mito en José María Vasconcelos” (2017), puede arrojar luz sobre este tema que excede los propósitos de este artículo.

⁵Historia mundial es un concepto que puede generar profundos debates, aquí no lo usamos en sentido lineal como podría pensarlo Hegel, sino más bien como la diversidad de culturas a lo largo y ancho del globo y cómo todas ellas se fueron dando, considerando sus similitudes y sus diferencias.

⁶El autor reconoce la distinción entre raza y nación tomando como base que la raza es anterior a la nación y ésta es producto de una ficción humana. Sin embargo, reconoce que los intereses nacionales no afectan al desarrollo de la raza y que cada una tiene motivaciones diversas.

las razas se mezclen y puedan crecer. América es la tierra donde las distintas razas se mezclan y se van transformando a medida que la tierra disponga, señala el autor, “pero cometieron [los hombres de raza blanca] el pecado de destruir esas razas, en tanto que nosotros las asimilamos, y esto nos da derechos nuevos y esperanzas de una misión sin precedente en la Historia” (1948, p. 26). De ese modo, dirá Vasconcelos, la raza cósmica surgirá en América para superar a la raza blanca, así como esta ha superado a las otras en su momento. América, al ser una tierra de culturas mixtas, permitirá que se dé una nueva raza que supere a todas las anteriores. En este sentido, se puede hablar de que la labor de los latinoamericanos será la de integrar lo nuevo y conservar las tradiciones de sus pueblos y en esto se parece a la propuesta de Rodó de lograr el equilibrio entre las partes. El autor mexicano afirma que será sobre el Amazonas, cercano a las regiones cálidas del planeta, donde se fundará la cultura de la raza síntesis:

Con los recursos de semejante zona, la más rica del globo en tesoros de todo género, la raza síntesis podrá consolidar su cultura. (...) Cerca del gran río se levantará *Universópolis* y de allí saldrán las predicaciones, las escuadras y los aviones de propaganda de buenas nuevas. (1948, p. 35)

América es para Vasconcelos el lugar propicio para que se dé el mestizaje de razas dado que los nativos americanos, al ser descendientes de la raza roja, o los atlantes, no tienen tanta diferencia con los negros. También resalta la importancia del clima dado que, América, al contar con climas cálidos resulta un lugar propicio para el encuentro y la reunión; “El indio es buen puente de mestizaje. Además, el clima cálido es propicio al trato y reunión de todas las gentes” (1948, p. 37). Respecto a esto, se distingue del blanco, precisamente porque él tiene en frente al negro y resulta el polo totalmente opuesto y le resulta aberrante la mezcla.

Como último punto vital, el autor habla de tres estadios; el material o guerrero, el intelectual o político y el espiritual. Por estos estadios pasa la humanidad en el proceso de liberación de la necesidad y progresivamente somete su vida a la fantasía y el sentimiento (Vasconcelos, 1948). En el primer estadio, el hombre se guía únicamente por sus intereses materiales y los pueblos se guían exclusivamente por la violencia; el segundo estadio es el de la razón, esta aprovecha las ventajas anteriores pero corrige sus errores, la humanidad se guía por la moral y la lógica lo que produce normas y leyes de todo tipo; el último estadio todavía no se dio, pero será en el que se busque el sentimiento creador y la belleza: “Hacer nuestro antojo, no nuestro deber; seguir el sendero del gusto, no el del apetito ni el del silogismo; vivir el júbilo fundado en el amor, esa es la tercera etapa” (1948, p. 40). Estos estadios sirven para explicar el motivo por el cual todavía existe tanto racismo y discriminación respecto a las uniones interraciales y es que justamente no se da lugar al sentimiento sino exclusivamente a la fría razón. Para el autor, la estética es pensada así y esto condiciona nuestros juicios al respecto: “El mundo está así lleno de fealdad a causa de nuestros vicios, nuestros prejuicios y nuestra miseria” (1948, p. 42). Por esto, América, al ser un terreno de mixtura cultural será la encargada de tomar e integrar todos los elementos del pensamiento necesarios para la aparición de la raza síntesis que supere a todas las anteriores. Así, no solo hay una labor de las razas por lograr esto sino que también se ve la influencia del paisaje. En este sentido, por un lado, notamos las similitudes en torno a Rodó y su propuesta de la estética como puente conciliador entre el materialismo y el idealismo espiritual; y por otro, no es representado en las ciudades europeas o norteamericanas lo máximo a lo que puede aspirar el hombre sino que en la fusión con el paisaje la síntesis final. A continuación precisaremos algunas cuestiones más a partir del pensamiento de Kusch sobre la importancia del paisaje en la concepción antropológica en América.

Rodolfo Kusch y la dialéctica americana

Para explicar el pensamiento del autor debemos considerar en primer lugar una distinción entre el *Ser* y el *Estar*. El primero, es el que piensa la tradición filosófica tradicional; el segundo será lo característico del pensamiento latinoamericano. En este análisis, Kusch compara la cultura occidental europea y las culturas autóctonas de América. La cultura del *Ser* es la cultura occidental y se puede ver reflejada en la técnica como herramienta del hombre para someter al mundo y ampliar la concepción del sujeto.

La cultura occidental, en cambio, es la del sujeto que afecta al mundo y lo modifica y es la enajenación a través de la acción en el plano de una conciencia naturalista del día y la noche, o sea que es una solución que crea hacia afuera, como pura exterioridad, como invasión del mundo. (Kusch, 2000a, p. 112)

La cultura del *Ser* es, por lo tanto, una cultura que todo el tiempo está en expansión y, en ese sentido, es dinámica porque transforma el mundo y crea uno nuevo; esto se ve en el arte occidental del Renacimiento donde se puede reconocer como estructura propia la proporción áurea que “ya no converge hacia un centro sino que mantiene disponibilidad de centros, de tal modo que amplía el campo plástico, ofreciendo la posibilidad de incorporar mayor cantidad de centros de interés plástico” (2000a, p. 113). Frente a esto, las culturas americanas presentan una concepción del *Estar*, una concepción mucho más estática frente al mundo y una relación de dependencia para con él, antes que de transformación. Dice el autor: “[el *Estar*] supone un estar”yecto” en medio de elementos cósmicos, lo que engendra una cultura estática, con una economía de amparo y agraria, con un estado fuerte y una concepción escéptica del mundo” (2000a, p. 110). Es así que las culturas americanas representan una mayor relación con el cosmos sin la necesidad de transformarlo; en este sentido, su forma de vida refleja una relación con el universo en el que el hombre se ve inmerso y no como en la cultura occidental donde el hombre transforma el cosmos a su imagen. La prueba de esto Kusch la encuentra en el arte de las culturas americanas; las representaciones son mandálicas, lo que significa que tienen un centro específico al cual rodean diversos elementos. “Un arte mandálico mantiene un centro germinativo en donde está el ego (...), sitiado por las zonas de dispersión. La temática en este caso apunta a reforzar ese centro para lograr una mayor solidez del yo” (2000a, p. 113).

Tenemos, entonces, el primer elemento de distinción entre la cultura occidental europea y lo propio de un pensamiento americano. Esta distinción explica el lugar cósmico del hombre y su relación con la naturaleza, dice Kusch (2000a) “una estructura así, suponía un trasfondo angustioso que, sin embargo, no podía resolverse con la acción, sino mediante una fuerte identificación con el ambiente” (p. 109). El hombre, por tanto, se ve en un mundo circundado por fuerzas cósmicas que no comprende y que no puede controlar; por lo tanto trata de constituir un centro donde refugiarse. Este será su mandala y, precisamente, dicha identificación con el ambiente se da en el fondo de su psique. Allí, es donde encontrará la solución mágica: “Si vencía al inconsciente, vencía al mundo. Esta es la clave de la actitud mágica” (Kusch, 2000a, p. 109). Así, es posible notar una ambivalencia en el hombre americano ya que, por un lado se considera representación propia de la naturaleza y el paisaje pero, por otro, intenta superar el devenir natural a partir de constituir un centro estático. Afirma el autor, “mientras el vegetal participa positivamente del paisaje y perpetúa su ley aún como posibilidad, el hombre lo gana en forma negativa, por reflejo y anulación, llevado por la lógica primitiva de que el devenir se supera deteniéndolo” (2000 b, p. 31). Surgen así las representaciones culturales del hombre que, por su misma ambivalencia, intenta superar, por un lado, la profundidad de un devenir que no puede comprender y, por otro, la quietud de su centro. Es por esto que el americano toma los elementos de estas fuerzas demoníacas del cambio y los plasma en su cultura a través de las representaciones, pero sin inclinarse por el quietismo ni el devenir del mundo sino tratando de unirlos en una síntesis que exprese ambas

partes.

Nada significa un símbolo sin la vida que le diera existencia. La vida le da la materia para existir, pero la forma la recibe de una actitud, de una modalidad psíquica o sea de la ambivalencia y más allá del mestizaje. (Kusch, 2000b, p. 39)

Podemos ver entonces que, para el autor, el hombre americano, a pesar de estar en conflicto con las fuerzas cósmicas, no pretende superarlas sino expresarlas en su impulso de constituir un centro quieto desde el cual contempla la realidad. Es por tanto que construye edificaciones para dar un centro cósmico a su vida, las ciudades precolombinas aparecen como centros no solo respecto a la política imperial sino, y por sobre todo, como un centro espiritual al que el indígena necesitaba volver. Referido a esto, tomemos el ejemplo de la ciudad de Cuzco:

En Cuzco residía el inca, quien era el desdoblamiento de Viracocha en la tierra. Cuzco era el centro germinativo, la gran semilla, el corazón que engendraba al imperio y también era el punto donde el imperio se reencontraba con la divinidad. (Kusch, 2000a, p. 100)

Sin embargo, estos dos extremos entre el dinamismo de la realidad y la quietud que buscaban los hombres, se potencia con la conquista ya que, con los europeos, llega a América la visión dinámica de la realidad, la visión del *Ser* que todo el tiempo necesita expandirse y sobreponerse al paisaje, transformando la dualidad autóctona que ahora será entre ser y no ser, entre la civilización y la barbarie:

A causa de Europa la oposición se perfecciona y toda forma de vida se bifurca entre lo estable y lo inestable, entre lo que es y lo que no es, que mantienen lejanamente en oposición los extremos en que ya latiera el continente en la época precolombiana. (2000b, p. 43)

Esto, sin embargo, también posibilita el mestizaje, dado que ahora las dos fuerzas son totalmente opuestas y buscan una conciliación: “La diversidad entre el mundo europeo y América alimenta al mestizo espiritual y carnal. Lo europeo se convierte en la luz frente a las tinieblas del continente” (2000b, p. 44). Si tomamos esto como la distinción total entre lo europeo y lo americano, el lugar del indio será de vuelta a la tierra, al paisaje del que renegó ya que tampoco encaja en las ciudades construidas por la civilización. En este sentido, la civilización es asediada todo el tiempo por la barbarie, lo que no encaja en el ser civilizado y europeo. Señala el autor:

Es un miedo antiguo como la especie, que el mito de la pulcritud remedió con el progreso y la técnica, pero que repentinamente se aparece en una iglesia del Cuzco, provocado, entre otras cosas, por un mendigo que nos pide una limosna para humillarnos. (2000b, p. 15)

La pulcritud es sinónimo de civilización y, por tanto, el progreso y la técnica son formas en las que el hombre logra lidiar con ese miedo a lo no civilizado, al hedor propio de la barbarie. Este hedor resulta molesto para el hombre civilizado o pulcro dado que le recuerda un miedo anterior a dicha pulcritud que todo el tiempo se intenta olvidar. El indio es desplazado cada vez más hacia afuera de la ciudad. Se vuelve hedor en la medida en que repugna a la ciudad. Mientras tanto, la ciudad construye una nación ideal, ficticia, por medio de la técnica y la ciencia que son herramientas de transformación para la cultura del *Ser*. Así, se crea la idea de pulcritud en relación con la ciudad, mientras que la suciedad y lo bajo queda relegado a la barbarie del exterior; aquello que, bajo la mirada occidental, no es.

El indio por su parte, se sume cada vez más en la tierra, en el paisaje, “Sumido en la tierra, en sus labrantíos, en su choza retorna al paisaje retomando el hilo de su suelo autóctono” (Kusch, 2000b, p. 44). Será, sin embargo, la función del mestizo la de conciliar y crear puentes entre los dos extremos del continente, “recién con el mestizo, en cuanto se ampara de dos mundos antagónicos y es despótico en el primero aunque advenedizo en el segundo, alcanza la autoctonía algún contacto con la ciudad” (Kusch, 2000b, p. 45). Así, el mestizaje funciona en América como una forma de conectar ambos mundos, el

occidental europeo y la fuerza demoníaca que existe de fondo latente en la barbarie. En este sentido, el autor describe una dialéctica entre el *Ser* y el *Estar*, estableciendo así, una oposición entre estas dos posiciones: “Una hará de tesis y la otra de antítesis, de tal modo que la resultante síntesis surgirá de una incorporación de la antítesis de tal modo que produzca una superación dentro del proceso general” (Kusch, 2000a, pp. 193-194). Aparece entonces la *fagocitación* como instancia superadora que permite unir ambas concepciones en América, sin embargo, esta síntesis no debe entenderse al estilo hegeliano: “no cabe hablar de una elevación sino más bien (...) de una distensión o, mejor, una fagocitación del ser por el estar, ante todo como un ser alguien fagocitado por un estar aquí” (Kusch, 2000a, p. 195). La fagocitación se da en una instancia psicológica donde se establece un orden entre los opuestos y el hombre consigue unificar todas las partes ya que no se queda en el estar pero tampoco pertenece al ser;

Vivir, consiste entonces, en mantener el equilibrio entre orden y caos que son las causas de la transitoriedad de todas las cosas y ese equilibrio está dado por una débil pantalla mágica que materializa en una simple y resignada sabiduría o en esquemas de tipo mágico. (Kusch, 2000a, p. 199)

Así, el mestizaje es lo propiamente americano como instancia que permite la superación de ambas formas de vida. Una antropología de Latinoamérica debe reconocer estos aspectos para lograr un estudio completo del hombre y su labor y lugar en la tierra.

Conclusión

A partir de la lectura de los autores abordados podemos notar una revalorización de diversas tradiciones heredadas por América Latina y la importancia de lograr una síntesis entre cada una de las partes, en la que convivan cada uno de los aspectos humanos pero en torno a un paisaje común como ordenador. En este sentido, cada uno de los autores destaca la importancia de una reflexión sobre las partes constitutivas del hombre y cómo, en su *psique*, deben armonizarse todas las perspectivas que le influyen pero en orden a la tierra que habita. También queda reconocida la importancia de las influencias europeas y norteamericanas, sin negar su importancia para el crecimiento de cada uno de los aspectos humanos. Sin embargo, también se advierte la influencia negativa que estas pueden ocasionar si se las toma como única vía de pensamiento válido y por eso, las tres propuestas coinciden en una instancia que abarca tantas influencias pero que también construye un centro común, el ser humano y su vinculación con el entorno. En este sentido, las influencias materialistas e idealistas o espirituales de Rodó convergen en la superación estética y tienen por tarea el cultivo y educación de actitudes juveniles para afrontar el futuro de América.

Por otra parte, los distintos aportes de las razas deben fundirse, según Vasconcelos, en la raza cósmica donde cada una aporta algo para que la raza síntesis profundice en los conocimientos técnicos y científicos pero también en los espirituales. Con esto, debe señalarse el modo en que Vasconcelos rescata las diferentes influencias y tradiciones dando importancia a cada una y resaltando sus rasgos únicos como partes de algo más grande que se forma y transforma con el paisaje en que se da. Al ser Latinoamérica una tierra que aúna tradiciones tan variadas, el autor la propone como la verdadera realización de la humanidad donde todas las cualidades son necesarias.

Por último, con la fagocitación, señala Kusch, las tradiciones del *Ser* y el *Estar* quedan superadas en una relación en que el hombre habita en las ciudades pero mantiene conexión con el paisaje que siempre se mantiene circundando a las ciudades. Así, una antropología latinoamericana refleja no solo una mirada al hombre sino también la relación con su pasado y con una labor hacia el futuro del continente. Es posible así, rescatar de los tres autores puntos interesantes para pensar Latinoamérica y al humano que la habita, una relación con la tierra y con las tradiciones anteriores y reconociendo los

diversos aspectos que hacen al humano y cómo esto transforma su relación con la tierra y la cultura.

Referencias bibliográficas

- Kusch, Rodolfo. (2000[1962]). América Profunda. Obras Completas. T.II. Fundación Ross.
- Kusch, Rodolfo. (2000[1953]). Seducción de la Barbarie. Obras Completas. T.I. Fundación Ross.
- Martínez-Geijo Román, Laura. (2018). El papel esencial de la belleza en Ariel de José Enrique Rodó. Tesis doctoral. ProQuest.
- Rodó, Enrique. (1956 [1900]). Ariel. Obras Completas. T.II. Barreiro y Ramos S.A.
- Shakespeare, William. (2003 [1611]). La tempestad. Biblioteca Virtual Universal.
- Sobrino Gómez, Víctor José. (2017). La función del mito en José María Vasconcelos. Antrópica. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, 3(5), 133-144. <https://www.redalyc.org/pdf/7238/723878151020.pdf>
- Vasconcelos, José. (1948[1925]). La Raza Cósmica. Stylo.